

¿Intifada de los suburbios o motines de los jóvenes marginados?

Olivier Roy

La prensa estadounidense y algunos comentaristas europeos describieron los motines que sacudieron los suburbios franceses como si se tratara de una rebelión de los inmigrados musulmanes. Esta rebelión sería el indicio del fracaso del modelo francés de integración.

Pero conviene mirar más de cerca lo que sucedió. Lejos de ser una rebelión de la comunidad musulmana, se trata ante todo de un movimiento espontáneo de jóvenes que viven en barrios desfavorecidos, con frecuencia de origen inmigrante pero no siempre. La dimensión generacional y social es más importante que el componente religioso, incluso más importante que el componente étnico.

Se trata, en primer lugar, de un movimiento de jóvenes y más específicamente de hombres jóvenes. La mitad de las personas arrestadas son menores de 18 años. Los adultos no se movieron. Los motines movilizaron a bandas de treinta a doscientos jóvenes según los lugares: en ningún caso la población del barrio bajó a las calles.

Luego, los jóvenes arremetieron contra los coches del barrio, es decir los que pertenecen a sus vecinos. Destruyeron las escuelas adonde la gente del barrio, con frecuencia provenientes de la inmigración, como ellos, llevan a sus hijos. En breve, las primeras víctimas fueron las familias del barrio.

En tercer lugar, y sobre todo, los motines se limitaron a lo que se ha llamado los "barrios difíciles": es decir donde hay una fuerte concentración de gente que proviene de la inmigración, con una alta tasa de desempleo y fracasos escolares. No se trata, pues, de los suburbios parisinos en su conjunto, y aún menos de la ciudad de París, sino de un centenar de barrios en toda Francia. Ahora bien, la mayoría de estos jóvenes de segunda generación son ciudadanos franceses: de las personas arrestadas después de los motines, sólo 6 o 7% son extranjeras. Asimismo, entre las personas arrestadas, hay una mayor variedad étnica de lo que dejan suponer los comentarios (hay africanos no musulmanes, pero también jóvenes con apellidos franceses, italianos o portugueses). Es una rebelión de los excluidos y no de los árabes o musulmanes, aunque estos últimos estén sobrerrepresentados entre los excluidos.

Fuera de esos barrios, no se movió ninguna persona de origen musulmán. Y hay muchos musulmanes que viven fuera de esos barrios. Pero estos últimos pertenecen más bien a las clases medias. Es muy interesante que nada haya pasado en las universidades donde se encuentran decenas de miles de estudiantes de origen musulmán, que suelen estar politizados. Ellos no se movieron.

Además, el movimiento de los suburbios no está politizado. Aparte de algunos lemas que piden la dimisión de Nicolas Sarkozy, no hay ninguna reivindicación política (por otra parte, esa es la razón por la que el movimiento estaba condenado a sofocarse). Tampoco hay ninguna coordinación, ningún portavoz, ninguna organización. Ni siquiera se vio que se creara un comité de enlace como fue el caso hace poco en los movimientos espontáneos de campesinos o de estudiantes de liceo en Francia.

Por último, no hay nada árabe ni islámico en la rebelión. Curiosamente, por ejemplo, no había ni una bandera palestina o argelina, mientras que usar el keffie estilo Arafat en los años ochenta era un signo de protesta enarbolado con frecuencia por los jóvenes en las manifestaciones. Recordemos también que durante el famoso juego de fútbol entre Francia y Argelia el 6 de octubre de 2001, en que jóvenes francoárabes le chiflaron al himno nacional francés, las banderas argelinas eran numerosas. En los motines del 2005 no se encuentra ninguna referencia a los conflictos de Medio Oriente ni al nacionalismo árabe. No hubo ni

lemas ni ataques contra los "judíos" (mientras que la prensa denuncia regularmente todo lo que pueda parecer antisemita entre los jóvenes de los suburbios). Tampoco hubo ningún lema religioso. La vestimenta de los manifestantes no tenía nada de islámico: usan ropa informal que es la marca de una subcultura urbana occidental: la de los jóvenes negros estadounidenses (en especial la sudadera gris con capucha). Escuchan rap y hip-hop, comen en los restaurantes de comida rápida, sueñan con el consumo, quieren coches hermosos y ocasionalmente consumen drogas. Son bien "occidentales" (o "globales"). Sus reivindicaciones, cuando las expresan, no tienen que ver con usar el velo en la escuela, ni con las mezquitas, ni con la carne *hallal*. En cambio, todos protestan contra las discriminaciones racistas, fundadas en la apariencia física (el "aspecto"). Sienten vivamente el racismo, real o supuesto, por parte de la policía, pero también la discriminación a la entrada de los clubes nocturnos, lo cual no tiene nada de islámico.

Son jóvenes que vienen con mucha frecuencia de medios musulmanes, pero no se reivindican como musulmanes. No defienden una identidad étnica ni una identidad religiosa, sino una identidad de barrio. Se dicen "los jóvenes de los 4000" (por el nombre de una ciudad de la Courneuve) o bien los jóvenes del Val-Fourré (de Mantes-la-Jolie). Se reagrupan en bandas locales que se oponen no sólo a la policía sino sobre todo a las otras bandas que vienen de los barrios vecinos. Por otra parte, parece que estas bandas son los actores principales de los motines, aun cuando las indicaciones recogidas en los tribunales muestran que, de hecho, muchas de las personas arrestadas no tenían antecedentes judiciales. Con frecuencia están implicados en pequeños negocios (por ejemplo, de drogas) y la delincuencia. Los verdaderos "caíd" (cabecillas) del barrio son los narcotraficantes. Muchos de estos jóvenes han reprobado en la escuela y están desempleados; viven entonces de una mezcla de ayuda social y del pequeño comercio. Ellos se consideran excluidos y están muy ligados al barrio: las bandas defienden entonces su territorio contra las intrusiones, ya sean de la policía, los periodistas o las bandas de otros barrios, pero también de los bomberos. No hay solidaridad étnica o religiosa a escala del país, sólo una solidaridad de barrio.

De hecho, los amotinados provienen ante todo de una subclase social, es decir, gente que ya no está integrada al sistema de producción. Sus padres eran obreros: eran pobres pero tenían una utilidad social y económica. Estos jóvenes ya no tienen esa inserción mediante el trabajo, y consideran que sus padres obreros son unos perdedores, porque se mataron en el trabajo por un salario miserable, mientras que hoy varios de estos jóvenes mantienen a sus padres gracias al dinero que consiguen con los pequeños negocios.

Ahora bien, cuando se consideran los fenómenos de motines urbanos en Occidente (de Los Angeles a Seine-Saint-Denis, pasando por Bradford), se ve que comparten las mismas características: una exclusión marcada a la vez por la situación económica y un criterio étnico ligado, de hecho, al color de la piel (negros, latinos, árabes). La combinación de estos dos criterios produce la verdadera exclusión, porque las clases medias de origen árabe no tienen esos problemas en Europa. No podemos disociar los criterios sociales y étnicos.

El modelo es los Estados Unidos de los negros jóvenes, no El Cairo ni La Meca

La prensa también ha hablado del papel de los islamistas. Ahora bien, las organizaciones islámicas no estuvieron presentes en los motines. En primer lugar, los radicales del tipo de Al-Qaeda no se interesan en una jihad de suburbios: ¿por qué perder el tiempo quemando coches en un barrio que no interesa a nadie, cuando se puede ir a hacer la jihad a Faluya o bien plantar bombas en el metro en el centro de París? En cambio, los radicales pueden esperar hacer reclutamientos entre los jóvenes decepcionados por la falta de perspectiva del movimiento o bien radicalizados por la represión (se sabe que las cárceles son un lugar de radicalización

religiosa y política para muchos jóvenes originarios de la segunda generación de inmigrantes). En lo que se refiere a las organizaciones moderadas (como la UOIF), han condenado enérgicamente el recurso a la violencia y se presentan como mediadores y pacificadores. Estas organizaciones tratan de adquirir una legitimidad ante las autoridades y la opinión pública francesa al presentarse como mediadores razonables, que defienden el concepto de "musulmanes y ciudadanos". Sin embargo, en otros ámbitos musulmanes (como el de Tariq Ramadan) se rechaza esta intervención de las instancias religiosas en la crisis actual, porque niegan todo vínculo entre el islam y los suburbios. Pero, más allá de las organizaciones, muchos musulmanes moderados que no viven forzosamente en esos barrios se indignaron por el hecho de que el gobierno no hubiera presentado una disculpa después de que una granada lacrimógena había caído en una mezquita. La crisis confirmó que el islam todavía no es tratado como las otras religiones en Francia. Y esto, sin duda, es la clave del problema: mientras que los problemas de los barrios difíciles son ante todo problemas sociales, se hace una amalgama entre musulmanes y habitantes de los suburbios.

El debate sobre el islam está muy vivo en Francia y se sabe que llegó en 2004 hasta la ley que prohíbe el velo en las escuelas. Ahora bien, todos los discursos de los políticos y de la prensa consistían en "islamizar" los problemas de los suburbios, es decir, en hacer del islam el marco de lectura de cualquier acontecimiento. Un movimiento, "Ni puta ni sumisa", combate el comportamiento "machista" de los muchachos de los suburbios, pero deja entender que si las bandas de muchachos acosan a las muchachas que salen solas y sin velo, se debe al islam. Sin embargo, se olvida que todos los guetos se parecen, independientemente de la religión de sus habitantes: en Estados Unidos, en los guetos habitados por negros o latinos, se encuentran los mismos fenómenos de bandas de muchachos que controlan la calle, viven de negocios y son especialmente "machistas". La virilidad es un valor en todas partes donde domina la violencia, y eso no tiene nada que ver con la religión.

De hecho, esos barrios no son la expresión de una cultura musulmana que exija ser reconocida: la lengua árabe ha desaparecido a cambio del francés, las familias tradicionales se han disgregado, la autoridad del padre se ha derrumbado. Hoy en día se ven muchas familias de origen magrebí que son monoparentales. Con frecuencia los jóvenes son los que traen dinero a la casa (por lo general el dinero de los negocios más o menos legales). La jerarquía es la de la fuerza y el dinero, no de la edad o la sabiduría. En esos barrios no hay dirigentes comunitarios. Los imanes casi no tienen autoridad más allá de sus pequeñas mezquitas. Por lo tanto, el multiculturalismo no es lo que está en juego, sencillamente porque esos barrios no expresan una cultura árabe musulmana, sino una subcultura urbana occidental, lo que se llama la cultura de los jóvenes o cultura de la calle. El modelo es los Estados Unidos de los negros jóvenes, no El Cairo ni La Meca. Es interesante señalar que en el doblaje de las películas de Hollywood en francés, se atribuye a los negros estadounidenses el acento de los jóvenes de los suburbios.

Por otra parte, los jóvenes rebeldes no exigen ser reconocidos como una minoría con sus derechos y sus especificidades. Creyeron en el modelo francés de integración mediante la ciudadanía. Querían ser verdaderos franceses pero se consideran como engañados porque hoy sólo son franceses en el papel. En el fondo, protestan contra el fracaso de la integración a la francesa, pero no tienen otros modelos. Por eso queman los instrumentos de su promoción fallida: la escuela, los centros sociales. Su rabia se regresa contra ellos mismos. Definitivamente no es la intifada.

Los suburbios son una cosa, la cuestión del islam en Francia es otra. Pero los modelos positivos de integración están en las clases medias. Y, sean cuales fueren sus dificultades, hoy en día hay una clase media de musulmanes, ciudadanos franceses, insertados en el tejido

económico y social. Con frecuencia se han ido de los barrios donde nacieron, compran su casita, abren comercios en el centro de la ciudad, establecen sociedades de informática, son médicos en los hospitales, etc. Al mismo tiempo, son ampliamente ignorados, no sólo por los medios de información, sino sobre todo por los políticos: los partidos políticos franceses no logran abrirse a ellos. No obstante, esta clase media es la que hace que las cosas se muevan.

Trad. Mónica Mansour

Revue des revues de l'adpf, sélection de mai 2006

Olivier ROY: « Intifada des banlieues ou émeutes des jeunes déclassés ? »
article publié initialement dans la revue *Esprit*, n°12, décembre 2005.

Traducteurs :

Anglais : Imogen Forster
Arabe : Anouar Moghith
Chinois : Yan Suwei
Espagnol : Mònica Mansour
Russe : Alla Beliak

Droits :

- © Olivier Roy pour la version française
- © Imogen Forster/Institut Français du Royaume Uni pour la version anglaise
- © Anouar Moghith/Centre Français de Culture et de Coopération du Caire – Département de Traduction et d'Interprétation pour la version arabe
- © Yan Suwei/Centre Culturel Français de Pékin pour la version chinoise
- © Mònica Mansour/Institut Français d'Amérique Latine pour la version espagnole
- © Alla Beliak/Centre Culturel Français de Moscou pour la version russe